

Max Jara, el poeta de "Ojitos de Pena"

"En los nuevos versos de Max Jara hay más alma que en los antiguos. Salen del corazón y al corazón van derechamente, como flechas. Debajo del sencillo ropaje de sus poemas escóndese, como en los cuentos de hadas, una princesa." El juicio muchos habrían querido atesorarlo para sí. Proviene del padre de la crítica literaria chilena, Omer Emeth, aquel portentoso sacerdote francés, Emilio Vaisse, quien como capellán del Hospital de San Vicente, en Santiago, asistió en la hora de la muerte a otra figura de las letras nacionales, Carlos Pezoa Véliz, vencido ya por la tuberculosis.

Se dirá, por aquello de "en los nuevos versos", ¿cómo serían los primeros? La respuesta, también es de Omer Emeth. En las columnas de "El Mercurio", se refirió a su libro inicial, "Juventud" y le dedicó estas palabras: "Al leer el libro de Max Jara he experimentado una sensación análoga, sin duda, a la de Noé, cuando vio a la paloma regresando hacia el Arca con una hoja fresca de olivo en el pico". Agregó: "Bendito sea Dios que, al cabo de esas cuarenta oscuras noches de diluvio prosaico, nos devuelve la esperanza y la poesía".

En torno a la idea de que sus creaciones parecen surgidas del músculo cordial, Hernán Solar, Premio Nacional de Literatura de 1968, crítico que glosó, con espíritu estudioso la vida y obra de esos galardonados con la máxima recompensa que se otorga a los escritores del país, al referirse a la opinión de Omer Emeth, apuntó: "El público sintió de inmediato lo expresado por el crítico: versos salidos del corazón, que van a él sin tropiezo, traspasándolo. Sus 'Ojitos de pena', por ejem-

plo, desafían modas y vaivenes temporales".

¿Quién y cómo fue ese artista de la pluma al que bastaron cuatro libros — ¡y todavía de poemas, en era tan materialista! —, para ser distinguido, hace exactamente 22 años, con el Premio Nacional de Literatura, 1956? Recordemos, de paso, que en la crónica sobre nuestros inmortales, sólo supera la hazaña José Santos González Vera, laureado en 1950 y que contaba, apenas, con dos obras, "Vidas mínimas", (1923) y "Alhué", (1928), libritos de escasísimas páginas, pero ¡vaya!, admirablemente escritos.

Maximiliano Jara, nacido en Yerbas Buenas, el lugar de la histórica batalla, cerca de Linares, el 21 de agosto —hace dos días habría estado de cumpleaños— de 1886, no dejó una biografía muy copiosa. Estudió medicina, fue reportero y redactor en "El Diario Ilustrado". Se sabe, además, que hizo clases de redacción en la Escuela de Ingeniería de Santiago, y que trabajó largos años en la Universidad de Chile, en algún cargo burocrático. Si bien en sus años mozos, alternó con su brillante generación, Carlos R. Mondaca, Magallanes Moure, González Bastías, Víctor Domingo Silva, Pedro Prado, Carlos Acuña, Diego Dublé Urrutia y otros. Jara se caracterizó, psicológicamente, como un hombre huraño, silencioso, ajeno al exhibicionismo y la publicidad. Se comportó como anacoreta. Salvo en días juveniles, cuando miembro del Ateneo de Santiago, antecedió en el uso de la tribuna, a Vicente Blanco Ibáñez, el español autor de "Entre Naranjos" y "Sangre y Arena". Cuentan que peroró largamente, a riesgo de ser sacado en vilo.



Max Jara Troncoso, escritor chileno fallecido en 1965.

Incluso vivió sus últimos años, en una parcela vecina a Santiago, dedicado a escribir y a leer, hasta su muerte, ocurrida el 6 de julio de 1965. Sobre aquellos días queda este comentario del ya citado Hernán del Solar: "Le rodea el silencio, pero no el olvido, pues cada vez que se habla de poesía chilena, se empieza a recitar sus 'Ojitos de Pena'. Parece oportuno, por eso, a estas alturas, reproducir íntegra esta joyita que rueda por las antologías:

"Ojitos de pena /carita de luna, /lloraba la niña /sin causa ninguna. /La madre cantaba, /meciendo la cuna: /No llore sin pena, /carita de luna'. /Ojitos de pena /carita de luna, /la niña lloraba /amor sin fortuna.

/¿Qué llanto de niña, /sin causa ninguna', /pensaba la madre, /como ante la cuna. /¿Qué sabe de pena, /carita de luna'.

"Ojitos de pena /carita de luna, /ya es madre la niña /que amó sin fortuna; /y al hijo consuela /meciendo la cuna: /No llore, mi

niño, /sin causa ninguna; /¿no ve que me apena, /carita de luna?".

"Ojitos de pena /carita de luna, /abuela es la niña /que lloró en la cuna. /Muriéndose, llora /su muerte importuna. /¿Por qué llora, abuela, /sin causa ninguna?".

"Llorando las propias, /¿quién vio las ajenas? Más todas son penas, /carita de luna".

Toda su obra, aparte de un par de colaboraciones en teatro, con Carlos R. Mondaca y Pedro J. Malbrán, se concentra en los cuatro libros: "Juventud", Santiago, 1909; "¿Poesía...?", Santiago, 1914; "Asonantes", Santiago, 1922; "Poemas selectos" (antología), Santiago, 1942.

Guillermo Quiñones Orneya aseguró que Max Jara es, en nuestro siglo, el primero que cultiva el romance en Chile. Porque desliza, a veces, rimas consonantes, mereció alguna tacha de pretendida incorrección. El poeta no tardó, según recuerda Del Solar, en replicar a los fustigantes, como se verá, con hidalga gallardía y conocimiento:

"Mi romance es retóricamente incorrecto, porque a veces abandono el asonante y pongo consonante. Esta incorrección es casi deliberada, pues obedece al afán de trabajar mi poesía en la forma más espontánea posible. Y es curioso, creo que con esta alternación mis romances ganaron mucho, intensificaron su poder de transferencia emocional. Si no hubiera hecho esto, mis romances habrían resultado planos y deslavados".

Sabía, puede concluirse, construir: "elegía" la forma, a diferencia de León Felipe. Duele, por eso, que su centenario, hace exactamente un año, haya pasado casi inadvertido.